

18 de marzo de 1871

Primer cincuentenario de la Commune de París

¡Gloria a la Commune!

Como antes de estallar la gran Revolución rusa—quizás con mayor entusiasmo que entonces—, el proletariado de ambos mundos celebrará hoy la fecha gloriosa de la proclamación de la Commune de París.

No es que los trabajadores conscientes aprueben en un todo la conducta seguida por los valerosos milicianos que en marzo de 1871 se batieron con denuedo contra la burguesía y en pro de una causa eminentemente social. Lo que los trabajadores celebran es, más que el significado y la trascendencia de tales o cuales actos de los comunales, el hecho mismo de la proclamación de la Commune.

El 18 de marzo de 1871, el 21 de junio de 1848 y el 25 de octubre de 1891 constituyen—aparte la Revolución rusa actual—tres fechas que el proletariado socialista considera como las tres etapas más salientes de su historia, etapas que han sido marcadas con la sangre generosa de sus predecesores, y

Si el 18 de marzo de 1871 el París revolucionario estuvo aislado y hubo de sostener solo la lucha contra la reacción capitalista, y si los jefes de los combatientes de la Commune, cogidos de improviso, sin preparación socialista, no supieron y no pudieron tomar las medidas necesarias para empezar la Revolución social, el próximo 18 de marzo Francia entera, preparada desde veintidós años hasta en los más pequeños pueblos por los propagandistas socialistas, se levantará para combatir la reacción capitalista, y los Comités revolucionarios que se crearán espontáneamente en las ciudades y en los campos, sin necesidad de órdenes de ningún género, empezarán la expropiación económica de la burguesía, después de haberla expropiado políticamente.

¡Viva el próximo 18 de marzo!

PAUL LAFARGUE

hemos dicho también nosotros y tratado de demostrar—, la «Commune» fué un movimiento extraño, confuso en sus orígenes y sujeto, durante su corta y tormentosa existencia, a influencias e ideas múltiples y diversas. Gran número de patriotas se sumaron a ella desde su principio, creyendo, como Rosset, que con ella se podía galvanizar la Francia moribunda y lanzarla contra el prusiano. Sueño extravagante, imaginación loca, pero que llegó a entusiasmar a mucha gente.

Es que la Revolución, y una Revolución social, no se ordena: es preciso una larga, lenta y apropiada preparación. Es preciso que la clase que constituye el agente impulsor y el sostén se hallen en las debidas condiciones.

Una minoría audaz puede, evidentemente, sustituir a otra minoría en el Gobierno y, en determinados casos, durar en él, adaptándose mediante transacciones al medio ambiente. Pero una clase no sustituye a otra, no impone con su idea un régimen social nuevo mas que si ha adquirido las capacidades requeridas para asegurar las funciones vitales de la colectividad más exactamente y de un modo más eficaz que la clase sustituida.

La «Commune», como todas las re-

voluciones, no se desarrolló según un esquema revolucionario preconcebido, según una especie de plan ideal, en el vacío de la abstracción. Atropellada, caótica, como la vida misma y como las circunstancias extraordinarias de donde tomó su origen, se ofreció ante el espectador con las características más diversas y también más contradictorias. Patriota, republicana, comunista, ella fué todo eso y mucho más todavía. Pero, ante todo y sobre todo, fué proletaria, socialista desde luego, porque el proletariado en movimiento no puede actuar ni combatir sino por un fin socialista. La «Commune» fué, en su esencia y en su fondo, la primera gran batalla del Trabajo contra el Capital. Y por esto, porque tuvo tal carácter y porque representaba un republicanismo que no era más que un Socialismo ignorándose a sí mismo y que ponía en peligro los fundamentos del antiguo orden social, al par que evocaba un orden nuevo, la «Commune» fué vencida y, una vez vencida, degollada.

... La clase que se había adueñado del Poder y que se encontraba de hecho, más que por la voluntad del adversario, por la suya propia, puesta en evidencia, era incapaz, en efecto, de asumir la responsabilidad que la ironía del destino le había impuesto. Cartesia casi en absoluto, entre los hombres de primera fila y con mayor motivo entre la masa, de las indispensables capacidades. Podía proporcionar combatientes y mártires en gran número, pero no administradores y directores; su pobre Estado Mayor era, y pronto hubo de manifestarse, incapaz, cuantitativa y cualitativamente.

... Así, aun suponiéndola—hipótesis absurda—momentáneamente victoriosa, la «Commune» habría podido democratizar las instituciones políticas existentes, facilitando a la clase obrera su avance apartando algunas trabas; pero desde el punto de vista estrictamente proletario y socialista, su victoria, según queda dicho, no habría sido, indudablemente, mas que una forma distinta de su derrota.

... Tal vez esta derrota ha sido preferible. Por la represión feroz que a la misma ha seguido, aquella insurrección adquirió los caracteres de una grandeza trágica. Aquella insurrección ha abierto, entre directores y dirigidos, entre explotadores y explotados, entre expropiadores y expropiados, un abismo sobre el cual no se ha podido tender desde entonces ningún puente, ni se tenderá en lo sucesivo. Con ella quedó cerrada para siempre la era de las transacciones y de los compromisos. La leyenda infantil de una clase burguesa, hermana mayor

El París de los obreros de 1871, el París de la Commune será para siempre célebre como heraldo de una sociedad nueva. La memoria de sus mártires vivirá como en un santuario en el corazón de la clase obrera. Sus exterminadores han sido llevados por la Historia a la piedad, y todas las rogativas de sus sacerdotes no conseguirán rehabilitarlos.

CARLOS MARX

que, a pesar de recordar otras tantas derrotas, ofrecen preciosas enseñanzas, que ha de tener siempre en cuenta y que ha de saber aprovechar en lo por venir.

Pero de estas tres etapas, la del 18 de marzo es—más que la revuelta de los tejedores hincados en 1831 y que la de los obreros de los talleres nacionales en 1848—la verdaderamente socialista, porque fué la primera vez que el proletariado, dueño del Poder, procedió a la socialización de la propiedad privada.

«La Commune—dice Marx—fué esencialmente el Gobierno de la clase obrera, el resultado de la lucha entre la clase que produce y la que explota, la forma política que fué descubierta y gracias a la cual se llega a la emancipación del trabajo.»

Gracias a esa forma política se pudo evitar que el Estado, servidor de la sociedad, se convirtiera en dueño de la misma. Para ello, la Commune empleó dos medios infalibles. En primer lugar, sometió todos los puestos—administración, justicia y enseñanza—a elección, debiendo ser ocupados por los ciudadanos que designaran los votos del pueblo. En segundo lugar, redistribuyó estos servicios, tanto los inferiores como los superiores, con un salario igual al que recibían los demás trabajadores. El sueldo más alto, fijado por ella, era de 6.000 francos.

Engels aplaude esta abolición del Estado, tal como la hemos conocido

El 18 de marzo no fué ni una reivindicación republicana ni una reivindicación municipal, sino un movimiento social, destructor y reconstructor, a la vez, del orden económico existente.

JULES GUESDE

Que el ardiente hábito popular que exhalaba el París del 18 de marzo, bajo una luz de primavera y de esperanza, pase de nuevo sobre las ciudades inertes para provocar el nacimiento, la explosión de una vida nueva.

JEAN JAURÉS

hasta aquí, y su sustitución por una nueva organización verdaderamente democrática. Y lo mismo hace Marx en el capítulo III de su obra «La guerra civil en Francia».

De tal manera aplaude Engels lo hecho por los comunales, que en la introducción, escrita en 1891, a «La Commune de París», de Carlos Marx, dice: «El filisteo alemán entra siempre en un santo terror cuando oye estas palabras: dictadura del proletariado. ¿Queréis saber, señores, lo que quiere decir esta dictadura? Mirad la Commune de París: he ahí la dictadura del proletariado.»

Sin fetichismo, pero sí con ardiente entusiasmo, debemos glorificar a los proletarios de París que cayeron luchando por la emancipación de su clase; debemos glorificar, sobre todo, el acto revolucionario de adueñarse del Poder, señalando así el camino recto, el objetivo inmediato de la Revolución social. «Trabajadores!»

Mientras preparamos nuestros batallones para lanzarlos al asalto de la burguesía capitalista; mientras con nuestra acción continua y persistente organizamos ya los cuadros de la sociedad de mañana, tempestos nuestros espíritus y levantemos nuestros corazones recordando las luchas de nuestros gloriosos precursores; los comunales parisienses, los cuales nos legaron, con las grandes enseñanzas de su derrota, el noble ejemplo de su abnegación y la demostración más perfecta y acabada de lo que debe ser la conciencia de clase.

La Commune fué vencida y arrollada; pero su espíritu vivirá eternamente en el corazón del proletariado.

¡Gloria a la Commune!

Algunas consideraciones sobre la Commune

En el tomo XI de la magnífica Historia socialista, que se publicó bajo la dirección de Jaurés, el compañero Luis Drouot hace estas consideraciones sobre la Commune:

No hay nada tan difícil como juzgar un movimiento abortado. Los vencidos son siempre culpables, aun cuando es el que les quiere, para el que triunfa con ellos.

Aquel que más se interesó por su victoria, que más la deseó, es a menudo el que más se cayó de ella.

Por eso sin duda la «Commune» ha sido tan duramente criticada por los vencedores, incluso por los simpa-

lizantes que han querido ocuparse de ella.

La «Commune» sólo ha sido francamente aplaudida por el proletariado, el cual, olvidando el detalle accidental y, por tanto, las debilidades y la incapacidad de los individuos, ha fijado su atención en el recuerdo de la barricada, cuya imagen se proyecta sobre la pantalla del pasado como la del episodio más heroico y de mayor relieve de su lucha secular contra los defensores del Capital y del Poder. Visión simplificada, quizás, que prescinde de los pequeños defectos, y quizás la única justa.

Ciertamente—esto se ha dicho, lo

de la clase obrera, tendiendo la mano para levantarla a su nivel ha desaparecido. En su lugar, los vencidos y sus descendientes han podido leer, no en caracteres de imprenta trazados sobre el papel, sino en caracteres de sangre vertida en el campo de batalla, que la emancipación de los proletarios no puede ser obra mas que de los proletarios mismos. Desde entonces nació en todos los países de civilización total y absoluta una sociedad condenada ante sus propios Tribunales.

Los actos de hoy

EN LA CASA DEL PUEBLO

Esta noche, en el salón grande de la Casa del Pueblo, se verificará una velada en honor de la «Commune», en la que tomarán parte los camaradas Manuel Cordero, Francisco Mora, Fabra Ribas y Julián Besteiro.

El acto empezará a las nueve de la noche.

EN EL CIRCULO DEL SUR

Como ya se ha anunciado, esta noche, a las nueve, se celebrará en el local del Circulo (calle de Valencia, número 5) una velada artística y oral conmemorando la «Commune».

Se representarán las obras «Los corridos», «La casa de campo» y «Basta de suergas».

Y hablarán los correligionarios López Baeza, Saborit, García Cortés y Ovejero.

NOTICIAS DEL EXTRANJERO

ALEMANIA

El Partido Comunista unificado proclama en una proclama la alianza con la Rusia de los Soviets como única solución contra las exigencias de los imperialistas de la Entente.

Dice, en suma, dicha proclama: «Frente al caos en que dos años y medio de República burguesa han sumido al país, la burguesía alemana y el «Vorwärts» y la «Freiheit» se limitan a invocar la resistencia pasiva y la oposición legal parlamentaria. No basta echar la culpa, como hacen los socialistas mayoritarios y los independientes, a la burguesía; es necesario emprender una acción en el propio país que sea incentivo para la obra revolucionaria del proletariado en Francia, Italia e Inglaterra.»

Rusia ha resistido durante dos años y medio a los capitalistas de la Entente, puede prestar ayuda eficaz a Alemania y está, a su vez, interesada en el renacimiento industrial de este país y es además capaz de salvar del hambre al pueblo alemán, dándole pan y trabajo.»

La «Rot. Fahne» coordina el aparato de choque a Cronstadt, apoyado por Francia con la ocupación de la orilla derecha del Rin. Los aliados serían «importantes» contra el frente único del proletariado alemán.

«Nunca fué mayor el mal, nunca más claro el camino de salvación: la alianza (con Rusia) impuesta por las circunstancias.»

En los Centros oficiales se nota marcada tendencia a aliarse con las «exigencias» aliadas para evitar mayores daños.

RUSIA

Trotsky, según noticias de París, ha propuesto nuevas condiciones de armisticio a los sublevados de Cronstadt. Se dice que, en vez de bombardear la ciudad, se propone reducirla por hambre.

Se anuncia que Vandrup, en representación de un Consorcio de capitales americanos, ha pedido a Harding que los navios utilizados durante la guerra, y hoy amarrados, se destinen a abastecer a Rusia. Se cree inminente la renouación oficial de las relaciones comerciales de América y los Soviets.

FRANCIA

El Jurado del Tribunal del Sena ha absuelto a los diez comunistas acusados de conspiración contra la seguridad del Estado.

PORTUGAL

Ha fracasado una conspiración monárquica, a la cual, sin duda, se referían las noticias alarmistas de estos últimos días.

Sobre el problema ferroviario

Declaraciones de Cierva

En «La Voz» de Barcelona, se ha publicado una conversación que su redactor en Madrid, Sr. Marquina, ha tenido con el ministro de Fomento.

El Sr. Cierva se ha explicado en los términos que siguen:

—La contabilidad de las Compañías ferroviarias tenía que ser intervenida por el Estado, según la ley del 87. Un ministro declaró en pleno Parlamento que el artículo de la ley del 87, que hablaba de la intervención del Poder público en las Compañías ferroviarias, era letra muerta. Este mismo ministro es el que presentó el proyecto de elevación de las tarifas en un 50 por 100.

Las Compañías Ferroviarias no han tenido ninguna intervención por parte del Estado. Solamente el Estado, debido a las persistentes reclamaciones de algunas regiones, ha podido apreciar que las tarifas eran elevadísimas y que no permitían el desarrollo económico. Las Compañías, escuchándose en que el personal no tenía bastante remuneración, pidieron la elevación del 25 por 100. Se presentó un proyecto de elevación que, después de examinado en la Cámara, quedó reducido al 15 por 100 para las tarifas que estuvieron en vigor; pero las Compañías fueron haciendo desaparecer poco a poco las tarifas especiales, y el 15 por 100 vino a parar, por

obra y gracia de la manobra de las Compañías, en un 150, en un 150, en un 200 por 100. ¿Qué tienen estos asuntos de ferrocarriles—dice el Sr. Cierva—, que así pierdan la ecuanimidad los hombres de Gobierno?

Dos son las razones fundamentales que se oponen a la elevación de las tarifas: primera, que no está comprobado que sean exactos los datos que las Compañías han dado respecto a su situación económica; segunda, que la autorización para elevar las tarifas en la forma propuesta dañaría enormemente la economía nacional.

El Sr. Cierva terminó diciendo: —Cuando se tiene el convencimiento que yo tengo de muchos años a esta parte y se realizan propagandas como las que yo he hecho, no hay derecho a transigir en nada que es fundamental, pase lo que pase, y aunque, desgraciadamente, mi criterio no coincida con el de personas eminentes de la política, yo mantendré ese criterio.

Por los sucesos de Zaragoza

SENTENCIA DEL SUPREMO DE GUERRA

Parece que el Consejo Supremo de Guerra y Marina ha resuelto el recurso interpuesto contra las decisiones del Tribunal militar que condenó a varios soldados complicados en los sucesos del cuartel del Carmen, dictando el alto Tribunal sentencia de pena de muerte para uno de los soldados, de reclusión perpetua para otro del regimiento de Almansa y condenas menores para los demás procesados.

Y ya que hablo de la delgadez del señor Aparicio:

Ayer le dieron un banquete. Se ve claramente que traían de engordarlo.

«Dichosos esos cadetes! Tienen, siquiera, un acrobata por capitán. Nosotros, los conservadores, no tenemos ni una mala estrella. Y, si alguna hay, Cierva la pone debajo de su sardina... Por cierto que bien saben los Manes de la política que al hablar de sardina no hago alusión a la delgadez del nuevo ministro de Instrucción pública.»

«Son los cadetes de la Gascuña, que a Carbon tienen por capitán.»

Burgos Mazo pasó rápidamente a un estado sentimental; y comentó:

«Dichosos esos cadetes! Tienen, siquiera, un acrobata por capitán. Nosotros, los conservadores, no tenemos ni una mala estrella. Y, si alguna hay, Cierva la pone debajo de su sardina... Por cierto que bien saben los Manes de la política que al hablar de sardina no hago alusión a la delgadez del nuevo ministro de Instrucción pública.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

El partido conservador, en plena descomposición

El Sr. Burgos Mazo ha publicado una carta extensiva diciendo en sustancia que con la muerte del Sr. Dato quedan cancelados todos los compromisos que cada personaje conservador tuviera. Renuncia a que se reúna la Asamblea del partido conservador, insistiendo en la descomposición de las huestes dadas.

Las causas por delitos sociales

CORDOBA, 18.—En la Audiencia ha terminado la vista de la causa que se siguió contra un obrero asociado como presunto autor de un atentado contra el patrono D. Manuel Vargas.

El Tribunal absolvió libremente al procesado, a quien defendió en un elocuente discurso el abogado y catedrático don Antonio Jaén.

El problema de la Internacional

BILBAO, 18.—Nuestro correligionario el catedrático Camilo Banaig explicará el próximo domingo, día 20, en el teatro de los Campos Eliseos, una conferencia acerca del tema «Internacionalismo».

Dicho acto, que ha despertado gran interés, ha sido organizado por la Juventud Socialista de Bilbao.—La Comisión.

CIERVA, EN FUNCIONES

El Gobierno, contra la prensa

Los periódicos en general, y los liberales en particular, protestan airados contra la conducta del nuevo Gobierno en relación con la libertad de la prensa.

La protesta es justa y oportuna. La orden de la Dirección general prohibiendo la publicación de noticias acerca del atentado contra Dato es absurda y responde a un criterio cerril. Y conste que EL SOCIALISTA no participa del criterio generalizado por los demás diarios en cuanto a la publicación de sucesos asíela. Por eso tenemos mayor autoridad para protestar contra una disposición que no está inspirada en un deseo de evitar, con la publicación de ciertos detalles, embarcamientos a la tarea política, pues los reporteros, y eso es uno de los errores que no compartimos con nuestros compañeros de profesión, habrían confundido la labor periodística con la policíaca, siendo complementario y auxiliar de la de ese Cuerpo.

De una parte se quiere evitar los ataques de gran parte de la prensa al Sr. Torres Alameda—cuyo relevo está ya decidido—y funcionarios a sus órdenes; de otra, la exteriorización de juicios exactos sobre la significación de este Gobierno, enemigo de la libertad de la prensa, como puede verse, no sólo con la prohibición a que nos referimos, sino con lo realizado con «La Tribuna», que por defender el levantamiento de la suspensión de garantías fué objeto del secuestro de su edición.

Nos parecen justas las protestas periodísticas, tanto como abominables los procedimientos del Ministerio Cierva; pero ¿es que no tienen responsabilidad muchos de los diarios que han defendido como única solución posible la de este Gobierno? En España pueden suceder estas cosas y tolerarse porque los liberales desartan de su puesto y facilitan a la reacción su triunfo y predominio.

Veán ahora las consecuencias de su inhibición cobarde.

LA NOTA DE LOS DIRECTORES

Primero. Protestar contra la orden de la Dirección general de Seguridad, rechazando el concepto y los términos de dicha nota y pedir su inmediata revocación.

Segundo. En el caso de que por circunstancias especiales creyera el Gobierno necesario su intervención en el régimen de publicidad, que se ajuste el procedimiento a los términos legales.

Tercero. Que, mientras la orden de

NOTAS

Burgos Mazo, que, como buen Séneca chezoquis, es admirador de las márgenes suculentas, quisó anoche rendir un tributo de admiración al caballero «Cyrano de Bergerac».

Deleitábase el hombre con los versos de Rostand, y así olvidaba sus andanzas infructuosas en pro de la constitución de un Directorio que rija y dirija el partido conservador.

La voz de Cyrano decía:

«Son los cadetes de la Gascuña, que a Carbon tienen por capitán.»

Burgos Mazo pasó rápidamente a un estado sentimental; y comentó:

«Dichosos esos cadetes! Tienen, siquiera, un acrobata por capitán. Nosotros, los conservadores, no tenemos ni una mala estrella. Y, si alguna hay, Cierva la pone debajo de su sardina... Por cierto que bien saben los Manes de la política que al hablar de sardina no hago alusión a la delgadez del nuevo ministro de Instrucción pública.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Dichosos esos cadetes! Tienen, siquiera, un acrobata por capitán. Nosotros, los conservadores, no tenemos ni una mala estrella. Y, si alguna hay, Cierva la pone debajo de su sardina... Por cierto que bien saben los Manes de la política que al hablar de sardina no hago alusión a la delgadez del nuevo ministro de Instrucción pública.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

«Como no se refiera a los uniformes de los que son ministros por primera vez!

No hay otra novedad.

Digo, sí, hay otra. La de cerrar más violentamente que nunca contra las librerías públicas.

De este Gobierno se puede decir, con razón, lo que del infierno dicen los catolicísimos señores que lo componen: «Que es el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.»

